

por indios, sino por mejicanos que tomaron su oficio de la antigua Nueva España; sin embargo, estos hombres que conservan el idioma español suelen no sentirse mejicanos; hay también aquí, en esta hermosa tierra muchos anglosajones que quisieran vestirse de indios y volver a la vida primitiva a la cual revierten necesariamente ciertas regiones. Como que se pierde en estos sitios el sentido de particularidad para dejarle a la vida solo su profunda emoción de humanidad.

El Río Bravo no ha sido creador de culturas; ha sido siempre Río límite. Y esta zona es de indiferencia por los destinos tangibles. Por aquí llega la resaca de las civilizaciones. Entró muy profunda la resaca indígena del sur; se impuso después avasalladora la resaca española; llega ahora el ruido de lo yanqui. Parece que ninguna arraiga; nadie se empeña en dejar huellas seculares. Se construye con polvo amasado en agua, como si solo imperase el Dios de los Vientos que se manifiesta en los vistosos remolinos del desierto.

Y ni siquiera el viento se apresura en estas tierras donde la montaña desmadeja, disipa al huracán; las montañas ya no quieren vida. Quizá anhelan curarse la herida del río, y entonces si ellas se curan, nosotros tendremos que inventarnos una estructura menos deleznable que el polvo.—J O S É V A S C O N C E L O S.

Exclusivo para ATENEA en Chile.

<https://doi.org/10.29393/At51-11AVMR10011>

Los aldeanos de Vory



UNA de las figuras literarias más interesantes de la Rusia actual, es sin duda Leonidas Leonov, nacido en Zaredia el 19 de Mayo de 1899, de una familia de campesinos. El prologista de su libro, Alexis Eisner, nos da a conocer algunos detalles de la vida del escritor. Nos dice que el abuelo de Leonov fué comerciante en Zaredia y el hecho de vivir con él en aquellos lugares, le dió ocasión para conocer a fondo la vida y las costumbres originales de sus pobladores, la descripción de las cuales hizo, más tarde, en su novela *Barsuki*. Su padre, poeta aficionado, cuyas pequeñas obras veían la luz en periódicos de segunda categoría, fué desterrado al norte de Rusia en 1909 por cuestiones políticas. Leonidas Leonov hizo sus estudios en el tercer Gimnasio de Moscú, terminándolos después de la revolución; pero en 1922 los Soviets le prohibieron la continuación de los mismos en la Universidad, alegando su procedencia burguesa.

Durante su estancia en el Gimnasio escribió sus primeras poesías. En 1922 publicó su novela *Buriga* (o sea, *Los aldea-*

nos de Vory, cuya primera traducción española titulada «Los tejones» fué publicada por la *Revista de Occidente*), y en 1923 *El desfiladero Petushkin*. En 1924 aparecieron *La reina de madera*, *Tutamur*, *El fin del hombre insignificante* y *Memorias de R. I. Koviakin*. Con estas obras se colocó entre los primeros escritores rusos de la actual generación. Posteriormente ha aparecido su obra *El fin de Egorushna* y en 1925 terminó *Barsuki*.

La vida de Leonov, como la de todos los escritores que han vivido la revolución rusa, ha sido extremadamente dura. La vida presenciada por él en esos días, permanece aún inédita en su pluma. La censura soviética no le permite darla a conocer. En ciertas ocasiones ha tenido que escapar de la persecución de los críticos y de los autores comunistas. Una de estas veces — dice Eisner — pidió autorización para marcharse al extranjero, la cual le fué concedida recordándole, sin embargo, la ley que prohíbe salir de Rusia llevando más dinero que lo estrictamente necesario para vivir una semana; en vista de lo cual decidió continuar en el país. Sin embargo, en 1927 logró trasladarse a Alemania, y recorrió después Italia y Francia. Casado finalmente, reside en la actualidad en Moscú. Ha escrito también varias obras teatrales. Como sucede con casi todos los autores jóvenes de su país, el fundamento de sus obras es la vida y las costumbres.

Leonov es, entre los de su generación, el escritor que más se asemeja a los clásicos rusos. Como Pushkin, Gogol, Dostoyevski y Tolstoi, tiene el propósito de adivinar el místico destino del pueblo ruso, demostrando sus inclinaciones religiosas y morales. El afán de enseñar y profetizar lo domina, como a los antiguos maestros de la novela rusa.

Entre aquellos, podría encontrarse el paralelo de Leonov en Gogol. Es curioso e interesante el parecido que tiene con el autor de *Taras Bulba*, separados ambos, sin embargo, por un gran espacio de la vida rusa, agitada y revuelta. Como el maestro de *Almas Muertas*, Leonov ama la descripción de la tierra rusa, placiéndose en ella, dibujando lentamente en sus páginas la geografía física de su país y la geografía moral de sus habitantes. En sus *Memorias de Koviakin* es donde lo hace más extensamente, observando y describiendo de una manera nueva y original, hablando el lenguaje especial de los campesinos.

Hay trozos de *Los aldeanos de Vory* que recuerdan francamente a Gogol en la manera de encarar la descripción de los hombres y de la naturaleza, y llega a tanto la semejanza, que a ratos cree uno estar leyendo las aventuras del pícaro protagonista de *Almas muertas*. Sin embargo, tiene respecto de Gogol diferencias que lo salvan de caer en la imitación. En

primer lugar, la rigurosa actualidad de sus temas, pues Leonov no ha retrocedido para buscar el asunto de sus novelas. En segundo lugar, la prescindencia de sí mismo en sus obras. Un ejemplo de ello se ve en su obra *Tutamur*, cuyo protagonista — un jefe tártaro de los ejércitos de Gengis Kan — hace una narración altamente poética sin perder el carácter tártaro. Mientras Gogol habla personalmente en sus obras, dirigiéndose al lector, Leonov se ausenta de ellas y hace hablar o accionar a sus personajes individualmente.

Su parecido con Gogol reside en una semejanza de espíritu, en el modo de describir con cierta amplitud el paisaje y en su minuciosidad para la pintura de las personas. La influencia de Gogol se observa en *Los aldeanos de Vory*, en las *Memorias de Koviakin*, en *El fin de un hombre insignificante*, en *Barsuki* y en *El pantano de Zaredia*. Sin embargo, además de las diferencias anotadas, hay otra, y ésta es la prosa novísima de Leonov, que a veces llega hasta tener cierta oscuridad moderna, cierta manera de hablar que sorprende en él. Es siempre liviano, fácil, fluido, cualidades que a veces se echan de menos en Gogol. Dostoyevski, Lieskov, Hoffmann han influenciado también sus obras, y esta influencia, recibida con el talento de Leonov, se hace más interesante.

Los aldeanos de Vory es la narración de la vida en una aldea rusa, comenzada poco antes de la revolución y terminada en pleno régimen soviético. La primera parte de la novela se desarrolla en Moscú y la segunda en Vory, siguiendo siempre una línea que va desde la ciudad a la aldea. En la aldea se desarrolla el drama campesino, la lucha del labriego, ignorante, religioso y cruel, contra el régimen del actual gobierno ruso; la resistencia del campesino a las nuevas normas de economía, drama del cual nosotros no hemos tenido sino breves referencias. El campesino aparece allí tal como Gorki lo ha descrito en su libro sobre la piedad y la crueldad rusa, con su religiosidad, su indiferencia al dolor y su ignorancia estupenda.

La última parte del libro es una especie de poema bárbaro, lleno de grandeza y de dolor y llega a recordar las páginas de *Taras Bulba* del gran Gogol.

Situado en medio de la lucha, sin inclinarse a un lado o a otro, Leonov ha escrito *Los aldeanos de Vory* prescindiendo de sus ideas particulares y para decir todo lo que sentía y le dejaban decir. Por lo demás, su obra no tiene carácter político alguno y nunca se desvía de las reglas que deben tener las obras hechas con un fin exclusivamente artístico. Es el gran valor de este novelista, que, por lo demás, parece ser el mismo que poseen los actuales escritores rusos que la revolución nos va permitiendo conocer.—MANUEL ROJAS.